

monotona. Había llegado al extremo de que sus visitas á Julia eran más por cuidarla que por verla. En suma, el General estaba haciendo una de esas calaveradas para las que se necesita el aturdimiento de los jóvenes y él, á su pesar, ya no podía aturdirse; la verdad se le revelaba desnuda y no obstante sostenía la situación por amor propio.

En cuanto á Julia, nunca le había profesado cariño; la había sacado de una situación embarazosa y casi terrible y se había acogido á aquel salvador provisional que pagaba la casa y la modista. Además, el General era feo y celoso; Julia no pensaba más que en buscar una oportunidad para desprenderse de aquel compromiso.

El diputado y Julia estaban á punto de coincidir en ideas á este respecto, pero las ideas de esta clase no se definen sin *champagne*. D. Quintín Gutiérrez había enviado dos cajas para la Noche Buena.



CAPÍTULO VIII.

EN Noche Buena se hace indispensable visitar la casa por la cocina porque allí está la acentuación de la fiesta, que, como en todas las de la cristiandad, se empieza por comer doble. Todas las operaciones preliminares de la cocina estaban desempeñadas por expertas manos. Sentados en un mismo cajón estaban una de las más marisabidillas maritornes de la casa y Anselmo, el hombre de las piñatas.

La maritornes era la que limpiaba rome-ritos, y Anselmo la ayudaba. Esta ocupación monotona les permitía conversar, y á nosotros escucharlos.

—Ah, que V. tan inocente, decía Anselmo con sorna.

—Yo inocente?... ni sabe.

—Pos si yo conozco á *lotra* ama. Yo barro allá cuando se ofrece, y D.^a Petra, la cocinera, es mi conocencia.

—Y ella le cuenta....

—Pos vaya! Ora me dijo D.^a Petra que el General se había ido á León.

—Ande V., D. Anselmo.

—Por vida de V.

—Quiere decir que el General anda viajando. *Esta noche es noche buena*, se soltó cantando la limpiadora de romeritos.

—*Noche de comer biñuelos*, dijo una criada ronca.

—*En mi casa no los hacen*, agregó Anselmo, *por falta de harina y huevos*.

Una carcajada general siguió á la copla, tan sabida de todos, como bien aplicada á las circunstancias.

—Entonces, dijo en voz baja la de la copla á Anselmo, V. le cuenta á la cocinera...

—Son buscas legales, amita, *caduno* se

ingenia y *caduno* tiene sus contestas; y los *probes* vivimos de los señores particulares, y por eso *mesmo* se me aprecia, y saben las personas quién es Anselmo, porque, con perdón de V., D.^a Trinita, yo no me tomo la mano en decirlo, porque....

—Y luego que *caduno*....

—Pos usted verá.

—Y en eso cada cual....

—*Caduno* con su *concencia*, como dice el padrecito.

—Qué padrecito?

—El que me confesó en San Pablo.

—Con que se confiesa!

—Pos no.... con el menudo *defuera*, pos cuando no, D.^a Trinitas.

—Y cuando fué eso?

—Cuando el trastazo que me dieron.

—Onde?

—En la pulquería de D. Adalid, que por poco la raspo.

—Y se alivió?

—Ah, que V! conque me compusieron los *praticantes*: y míreme todo debido á la

aguja; porque me cosieron, D.^a Trini, como forro de pelota.

—Caramba, con D. Anselmo!

—*Somos juertes* los hombres, por vida de V., mialma.

—Yo cuando! Dios me libre!

Aquel drama, no obstante la limpia de los romeritos, daba ya á los interlocutores el interés que inspira la leyenda de Pyramo y Tisbe.

D.^a Trini, como la llamaba Anselmo respetuosamente, se quedó pensativa.

En aquel momento asomó la cabeza el Chino, el pagador aquél, padre de Lupe, y preguntó en voz alta:

—El General?

—No está por aquí, contestaron varias voces.

No bien dió la vuelta:

—Dizque el General en la cocina! dijo Anselmo, ah que Chino!

—Y V., cómo sabe que se llama el Chino? preguntó Trini.

—Yo no digo que ese sea su apelativo, pero así se llama.

—V. conoce á todo el mundo, D. Anselmo.

—Pos si esa es mi incumbencia; cuando uno corre mundo.... pos al Chino.... vaya.... al Chino yo le sé los pasos, y semos *conclapaches*, sino que cuando los amos salen de Belén ya no lo conocen á uno.

—Oiga que malo es D. Anselmo; dice que conoció al Chino en la Tlalpiloya, dijo Trini á su vecina.

—Adios!

—Por vida de Vds; pero que no lo oiga, porque ora es muy amigo de la *polecta*, y luego le buscan á uno ruído.

—Yo he visto al Chino con D. Narciso el gendarme, dijo una criada.

—Echando tequila, por supuesto.

—No he visto tanto.

—El tal D. Narciso siempre está beodo, con perdón de Vds., dijo Trini; que lo diga mi rebozo; si no he llevado el de bolita la otra noche, me lo rompe del tirón que me dió.

—Qué noche?

—Cuando fuí por los pambacitos compuestos para la niña.

—Esa noche todos estaban trompetos.

—Hasta el General, dijo la cocinera, haciendo salir la voz entre sus dos manos.

—Cállese D.^a Lola, porque si la oye la niña....

—Qué?

—Le ajusta las cuentas.

—Y á mí qué? las de la calle del Arco están que se las pelan por mi sazón; y allá sí le dan á uno para las tandas, y se acuestan temprano; no que aquí.... de que dan champaña.... adios! las tres y las cuatro de la mañana, y uno en pié.

—No me hable V. de la champaña, doña Lola; cuando oigo los taponazos, por vida de V., que me pongo de flato.

El Chino había ido á buscar por la sala al General para darle cuenta de una de las cien comisiones que había desempeñado.

—El General? preguntó en voz alta.

—No ha venido, respondió Julia con voz sonora, qué quería V?

—Decirle que el Lic. Penichet no estaba en su casa, que D. Antonio no puede venir porque está constipado; que las otras niñas harán lo posible por pasar un ratito.

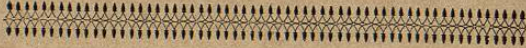
—Pues quiénes vienen, por fin? dijo Julia con impaciencia.

—Pues vienen los dos diputados, las otras señoras y Rosalitos.

—Sí; de Rosalitos ya lo sabía, es tan amigo del General y... es tan bueno. Mucho me alegro de que venga Rosalitos.

Y ya eran dos personas de quienes Julia se alegraba que fueran esa noche: uno de los diputados y Rosalitos.





CAPÍTULO IX.

UAS primeras horas de la noche iban transcurriendo con lentitud en medio de los infinitos detalles de los preparativos.

El Chino y Otilia ponían velas de estearina en los candelabros.

Lupe se ocupaba del tocador y del comedor á un tiempo. En la cocina había aumentado el personal de la servidumbre con dos ó tres muchachos de la vecindad que habían ido á ver á la cocinera por si se ofrecía algo. Desde luego encontraron ocupación, pelando cacahuates y picando las frutas para la ensalada. Julia seguía haciendo grandes preparativos de tocador. Usaba una crema para la cara que necesitaba dos manos en el intermedio de una hora, y ha-

bía inventado para aquella noche darse los *últimos toques*, como los llamaba una amiga suya. Estos toques consistían en ponerse una línea negra muy delgada al borde de los párpados inferiores, y en pintarse los labios con un carmín que le habían regalado.

Eran las nueve cuando acertó á llegar el primer concurrente: era el novio de Otilia; ésta lo recibió en la antesala porque la casa estaba todavía en desorden y á oscuras.

Esta oscuridad le pareció al novio una idea luminosa.

Otilia encontró que como no se había vestido, la oscuridad le era propicia. Así haría más impresión en el ánimo del novio cuando la viera á toda luz. Su diálogo fué interrumpido por la llegada de dos criados de Fulcheri que venían cargando un contingente de repostería para la mesa.

A eso de las diez, el sargento del ejército empezó á encender las lámparas y las velas de los candiles, cuando entraron los músicos. Entre dos traían el contrabajo.

Al contrabajo y á las mujeres bonitas se les recibe siempre con una sonrisa. Yo no conozco todavía una persona bastante seria que vea impasible un contrabajo; no precisamente porque ese instrumento sea risible, sinó porque asoma siempre en ocasión solemne, revelando un programa de alegrías.

—Ahí está el *tololoche!* gritaron unas muchachas en la cocina. Lupe y Otilia le dirigieron una mirada lamiéndose los labios á la idea de la danza. El pollo de la Preparatoria pensó, sin quererlo, en la cintura de Otilia. Hasta el Chino sintió los piés ligeros á pesar de lo mucho que lo había hecho andar el General.

Julia acababa en ese momento su *toilette* y no pudo resistir al deseo de ver el contrabajo que acababan de acostar de lado en la sala por temor de recargarlo sobre los cuadros.

A la sazón la sala estaba iluminada y sola. El novio de Otilia aún permanecía en la antesala.

Julia dejando tras sí la larga cola de su

vestido rosa pálido, se puso á contemplar el instrumento. No había visto nunca un contrabajo á sus piés, ni de cerca, y lo interrogaba como esperando una respuesta de aquellas tres cuerdas rígidas y llenas de polvo de pez. Le parecía que aquel cetáceo de la música se había echado á propósito para rendirla homenaje y estaba allí humillado como el General. Todo aquello era su obra, su voluntad, su capricho, y la prueba palpable de su dominio; el contrabajo hablaba á su orgullo en silencio antes de hablar á los demás de armonías y de amor.

Julia no podía menos que sentir cierta simpatía por aquel instrumento. Levantó la falda de su vestido y parándose sobre un pié levantó el otro para herir una de las cuerdas con la punta de su brillante zapato de raso blanco.

El contrabajo exhaló una especie de rugido sordo que hizo estremecer á Julia, quien soltó su falda y volvió la cara en torno suyo para ver si la habían observado.

El novio de Otilia que había visto esta

escena al través de la vidriera, retrocedió un paso para no ser descubierto, porque juzgaba la ocasión poco á propósito para presentarse.

Julia pasó del contrabajo al frente de un espejo para pasarse la última revista.

Un momento después comenzaron á entrar las visitas, que se introducían por su propia cuenta, y previa una salutación que, entre las señoras iba acompañada de esa noción de abrazo que consiste en ponerse en los hombros recíprocamente la punta de los dedos.

Julia casi no conocía á aquellas gentes, y comenzaba á realizarse aquello de que la concurrencia iba á ser otra ensalada de Noche Buena. No podía ser de otro modo.

Entraron por fin dos jóvenes, quienes con aire resuelto se dirigieron á Julia. Uno de ellos le tendió la mano y estrechándola con familiaridad, le dijo:

—Te presento...

Una risa simultánea cortó la frase. Julia y el presentado se conocían.

—Ah! ustedes....

—Vaya! dijo el recién venido.

Y mientras el que presentaba al otro fué á dejar los abrigos de los dos, el conocido viejo se sentó al lado de Julia.

—No vayas á salir con una de las tuyas, le dijo Julia.

—Que linda estás! te sienta bien la banda.

—Grosero.

—Tú eres la que empiezas con una de las tuyas.

—Quién te dijo que yo tenía baile?

—Perico.

—Oye, conoces al General?

—En campaña; pero no lo trato en cuartel. ¿Es celoso?

—Malo!

—Lo es?

—Sí, hombre de Dios.

—¡Que danza vamos á bailar tú y yo! Como en Guadalajara.

—Loco.

—Sobre que te digo que te sienta la banda.

Entraron los músicos y levantaron el contrabajo, desenvainaron un trombón, un violín, un pistón y flauta.

El contrabajo lanzó el mismo quejido que le había arrancado Julia con el pié; tanto que ella lo reconoció, y recordó la escena que acababa de pasar.

Los músicos, después de templar sus instrumentos y conociendo que la concurrencia todavía no estaba dispuesta á bailar, tocaron la overtura de Guillermo Tell.

Todavía no llegaban ni los diputados, ni el General, ni Rosalitos.



CAPÍTULO X.

LA sala había quedado completamente iluminada. De un par de candelabros de 24 luces, que el General había comprado en un remate, se desprendían haces luminosos que, arrancando al tapiz blanco y oro de la pared reflejos metálicos, arrojaban como una cascada de hilos de plata sobre el vestido rosa pálido de Julia. Parecía que adrede algunas de las velas esteáricas del candelabro estaban enviando rayos directos á los párpados superiores de la reina de la fiesta, y aquellos rayos, como las palomas que se posan en una cornisa de mármol, proyectaban su sombra á los ojos de Julia, y no así como quiera, sino que debajo de